

dos por “descamisados”? Esa ciudad, la “no ciudad” –por “no lugar”, siguiendo a Marc Augé–, la no habitada, intocable y lejana como un maniquí, ¿acaso es el Guayaquil que conocemos? Este filón de la novela, aunque tangencial, no deja de atraparme cuando recorro el capítulo IV y la voz narrativa se busca a sí misma, en un espacio urbano que tiene un malecón con “carretillas de madera”, donde encontrarse y convencerse “de que lo habido aún existía, justo en las calles y plazas de sus huidas, que se volvería visible si tan solo retornase, ya sin disfraz”, en clara alusión al tópico literario de *et in Arcadia ego*.

¿Ecos del cambio físico que experimenta una ciudad y de sus mutaciones socioculturales?, es posible. Lo cierto es que esta novela encierra, en código cifrado, un intralenguaje que nos ayuda a entender el paisaje movido y los desvaríos de los personajes, las visiones hipermnésicas y los escenarios “irreales”, la sensualidad del ritmo y los interminables encadenamientos de una cinta memorable, solo para decir –al igual que el “loco” que deambula, de la ciudad en el símbolo vacío–: “la plaza es mía, la plaza es mía”, y mía la novela, como sentí a esta epifanía de tiempos, imágenes y voces.

**ÁNGEL EMILIO HIDALGO**

**RENÉ JURADO,**  
***Rimmel,***  
Quito, Eskeletra, 2010.

Es el año 78 del siglo pasado. Un grupo de aspirantes a poetas nos reunimos religiosamente todos los sábados en un bar de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central del Ecuador o en un aula de esa misma Facultad o en la casa de Pepe Torres y su esposa Margarita, quienes de manera generosa acogen a ese tropel de seres desiguales que parecen (parecemos) salidos de un cuadro impresionista.

Entre esos jóvenes de rostros lánguidos y melenas ídem siempre asoman dos que, por edad y cercanía, parecen gemelos o al menos hermanos. Son el poeta Pancho Torres y el cuentista René Jurado. Después pasa la vida con su feroz aspiradora y de ese grupo solo quedan los recuerdos. Más de uno ha sido tragado por el fango, otros se han refugiado en países lejanos, otros, como yo, hemos adoptado una vida similar a la figura bíblica del judío errante, es decir que vamos y venimos de y a las tierras del Nuaymás (como decía el novelista Rivadeneira).

En uno de esos regresos me topo con Manuel Vicent, el novelista español, quien al presentarse, bromista como es, lo hace con el nombre de René Jurado. Dice que ha retornado de las Españas para quedarse instalado en las faldas que el Pichincha decora. Como prueba de su existencia me extiende un libro de tapa atractiva al que ha titulado: *Rimmel*. Abro la contratapa y, no hay nada que hacer, aparece ese mismo joven que hace treinta años

solía frecuentar el taller Tientos y Diferencias. O, al menos, es la misma mirada de ese joven de hace tres décadas.

Leo el libro. Me encuentro con algunos relatos que han aparecido en la revista *Eskeletra* (porque de tiento en tiento varios devenidos esquelétricos). Y a medida que voy leyendo los textos escucho la voz de ese joven que un día leyó un cuento lleno de humor que se llamó: “Carlos Marx en la cocina”, en el cual hacía que todas las cocineras de la ciudad se organizaran en un sindicato para vengarse de sus amos. ¡Vaya poder que tiene la literatura! Nos hace oír voces a través de la lectura, nos hace ver figuras del pasado, nos hipnotiza. Después de la lectura me convenzo de que, en efecto, Manuel Vicent se ha convertido en René Jurado o viceversa. Ambos, en todo caso, dicen: “que te doy unas hostias, gilipollas”.

*Rimmel* es una recopilación de quince relatos, de diferente extensión. Unos son apenas viñetas de una o dos páginas, otros tienen una extensión mayor. En todos aparece un narrador omnisciente, un demiurgo maligno y burlón, un chulla quiteño que ha paseado su vida por Europa. Otro Oliveira en busca de su Maga (por algo comienza el libro con una cita del gran *Cronopio*). En el libro están dibujados con precisión y gracia triángulos amorosos en zaguanes de las Ramblas barcelonesas, asombros ante la nieve y los sabores y olores del mar y el sexo en algún lugar del país vasco, otros asombros ante la cotidianidad y la desazón de la familia (con mujer, niño y criada de fondo), sobresaltos ante los encuentros inesperados con mujeres pantera o asesinos afectuosos (¡vaya persona-

jes!), enanos atravesados entre parejas rotas simulando un juego macabro de ajedrez, suicidios con guirnaldas y estrellas, gatos que matan por sus dueños y dueños incestuosos que matan a sus gatos, tazas de baño gigantes donde se ahoga a las esposas gordas, bandoleros que rondan los tejados de una ciudad rota, una rata moribunda que ve como última imagen el llanto de un travesti, el dolor del regreso, el paso de la Giganta (nuestra giganta) por la ciudad (nuestra ciudad) pariendo hombreritos y circunstancias y un genial retrato de la viuda Alliaga y su vecino Chávez y el abogado Álvarez, con lluvia de mujeres rubias como último regalo del cielo.

Cuentos cargados de erotismo, humor y poesía, necesarios en un medio que sigue envuelto en hipocresías y languideces, en suspiros y toques de pecho frente a los confesionarios. Cuentos imprescindibles a la hora del crepúsculo, cuando estamos a punto de vomitar sobre nosotros mismos y creemos desalentados que el amor ya no es posible. Celebro el regreso de René Vicent o de Manuel Jurado a las tierras del Nuaymás y hago votos porque él sea el primero de ese grupo de poetas que ahora, ya casi viejos, uno a uno quiere (queremos) regresar a la *Pachamama* a beber los últimos sorbos que quedan de vida y literatura.

**GALO GALARZA**  
MÉXICO, 2010